

## Adolfo Sánchez Vázquez: ideología y revolución

LUIS VILLORO

Mi relación con Sánchez Vázquez se ha ido desarrollando con una sólida amistad personal, basada en el aprecio mutuo. Pero, lo que importa más en este coloquio se ha expresado en un diálogo intelectual que exige críticas recíprocas y disquisiciones fundadas en argumentos racionales. Ese diálogo dio lugar a varios escritos de uno y otro, en diez años entre 1983 y 1994, en los que, por cierto, también intervino, con certeras observaciones críticas, Mariflor Aguilar.

Los diálogos se centraban en el concepto de ideología y sus repercusiones en la ética y en la política. Mientras Sánchez Vázquez sostenía un concepto “amplio” de ideología como conjunto de creencias condicionadas por las relaciones sociales, yo proponía un concepto “restringido” a creencias que funcionaran como un instrumento de dominación política. No se trataba de una distinción semántica sobre el significado de “ideología”, sino de una discrepancia sobre concepciones éticas, sobre la tensión permanente que existe entre los valores éticos y la acción política que pudiera justamente conceptuarse en el concepto de ideología. Es esa tensión entre los valores éticos y el poder político la que adquiere una dimensión conceptual en la discusión entorno al concepto de ideología. Creo que la tensión entre valores éticos y poder se expresa ya, en el fondo, en ideas de Sánchez Vázquez en su tratado de *Ética* de 1919, y en su brillante ensayo *Del socialismo científico al socialismo utópico*, publicado en Era en 1975. Por mi parte, la tensión entre las ideas de poder y valor dio lugar a mi libro con ese mismo título, *El poder y el valor*, de 1997. Creo que la tensión (¿contradicción tal vez?) entre el ejercicio del poder político y los valores éticos ha estado en las reflexiones, tanto en las obras de Sánchez Vázquez como en las mías. Las reflexiones de uno y otro podrían verse como un diálogo

permanente en torno a los valores éticos y la acción política. ¿No es esa tensión la que existe en el fondo de toda ideología?

En efecto, mientras Sánchez Vázquez entendía por “ideología” creencias condicionadas por condiciones sociales, yo la utilizaba en un sentido estricto, como creencias con una función específica que pretendían justificar el nazismo, el fascismo o el estalinismo. La obra de Sánchez Vázquez, a mi juicio —decía yo—, intentaría expresar una concepción ideológica solamente en *ese* sentido.

Ahora bien, Sánchez Vázquez tiene razón al sostener que la tensión entre el valor y el poder sólo podría resolverse en una sociedad en que hubiera una conjunción entre el deber ser de la ética y la realidad social, en la realización —cito a Sánchez Vázquez— “de una nueva sociedad que, a la vez, se presenta como un ideal que se desea realizar, como un régimen social que *debe ser*”.<sup>1</sup> Esa sociedad no excluiría juicios de valor. Superaría la utopía tanto con la conciencia de la necesidad social. “Permitiría concebir el socialismo como un ideal sin dejar de reconocer su producto necesario del desarrollo histórico, sin dejar de ver en él un ideal a realizar”.<sup>2</sup>

Esta oposición entre el valor, realizable en una sociedad por venir, y el poder en la sociedad actual, es la oposición permanente en toda la historia. ¿No es la que ya advertía Sócrates entre los hombres que buscan una vida moral y los que buscan el poder? “Si una sociedad estuviera gobernada por hombres de bien —decía Sócrates— maniobrarían por escapar del poder como ahora se maniobra por alcanzarlo”. Y siglos más tarde, el Subcomandante Marcos:

Lo que nos hace diferentes es nuestra propuesta política. Las organizaciones políticas buscan el poder, sean partidos de derecha, centro, izquierda, revolucionarios... Nosotros no... No luchamos por tomar el poder, luchamos por democracia, libertad y justicia. Nuestra propuesta es la más radical que hay en México (y tal vez en el mundo, pero es pronto para decirlo); es tan radical que todo el es-

<sup>1</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, *Del socialismo científico al socialismo utópico*, México, Era, 1975, p. 29.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 36.

pectro político tradicional... nos critican y se deslindan de nuestro delirio.<sup>3</sup>

Este deslinde radical del zapatismo entre el valor (“democracia, libertad, justicia”) y el poder es el tema de toda filosofía política. Es también el que se encuentra en la oposición que mencioné antes, entre el concepto amplio de ideología como creencias que están *condicionadas* por un poder y el concepto restringido como creencias que son un *instrumento* de un poder político. En el primer caso la ideología se entiende como expresión de necesidades sociales, en el segundo, como instrumento del poder para someter a las clases oprimidas. El concepto estricto de ideología —como instrumento de dominación— es el que se ha utilizado en la pretendida justificación de toda forma de totalitarismos; está basado en intereses de dominación y no en un interés libertario. Esta tensión permanente entre el poder y el valor explica, en la historia, la dialéctica de las revoluciones.

Las revoluciones son un caso histórico de cómo se puede dar una ruptura violenta entre lo deseable y deseado y el poder real, entre la exigencia de la realización del valor y la dominación existente. La lucha de clases, en la concepción marxista, expresa esta oposición entre la realidad de los oprimidos y el ideal proclamado por los opresores (“entre el amo y el esclavo” diría Hegel). En el hecho de las revoluciones se da esa ruptura en forma violenta, entre la realización del valor a toda costa y la realidad del poder opresivo. Esa ruptura revolucionaria condujo de hecho a su contrario: la dominación totalitaria en el nazismo o en el estalinismo, en contra de la sociedad sin clases pronosticada por el marxismo. Sin embargo, la ruptura revolucionaria ha fracasado siempre porque, buscando la realización plena de los valores sociales, logró su contrario: la opresión. Por querer buscar el bien, las revoluciones sólo han logrado el mal. La dictadura de los jacobinos fue el producto no querido de la revolución francesa, el totalitarismo estaliniano, de la soviética. En este proceso, la realización de la justicia por venir ha servido siempre como justificación de los males causados por la violencia revolucionaria.

<sup>3</sup> “Libertad, democracia y justicia, delirio del EZLN”, en *La Jornada*, México, 3 septiembre de 1994.

Tratar de justificar el mal por el bien ha sido siempre la maniobra de la mistificación moral. Ésa ha sido la operación que, consciente o inconscientemente, se ha ejercido en la justificación de las revoluciones.

La revolución en un país se concibe como un corte radical, una ruptura con un pasado de opresión. El mal de la revolución no consiste en la praxis y voluntad de transformación radical de la sociedad, sino en que esa transformación se realice con una ruptura súbita, que no admite grados y mediaciones con el mal existente. La destrucción del pasado no genera entonces un bien superior. En eso estriba su utopismo. Si la revolución ejemplifica una forma de utopía no es por intentar lograr el bien, sino por tratar de hacerlo mediante una ruptura drástica con el mal existente.

En la revolución francesa, los jacobinos están prendados de la virtud republicana. Su utopía no consiste en la proyección de un cambio radical en la sociedad sino en que ese cambio tiene que realizarse de golpe. Por eso los virtuosos tienen que oponerse a los tibios y mediocres y acabar con ellos. La guillotina es el instrumento de la realización de un bien superior, sin mácula.

En la revolución soviética, desde Lenin y Trotsky, tiene que ejercerse la violencia a muerte contra mencheviques y socialrevolucionarios para asegurar la revolución. Un nuevo terror anticipa la tiranía estalinista.

En la revolución cultural de Mao, la condena y humillación de los disidentes es exigida por el nuevo poder. En los tres casos, la utopía consiste en intentar el bien por un golpe tajante.

Toda revolución pasa por las siguientes etapas: 1) Resistencia contra el antiguo régimen. 2) Ruptura violenta con él. 3) Destrucción mortal de los grupos que lo sostienen. 4) Oposición ejercida contra ellos. 5) Tiranía (dictadura disfrazada o real).

Sin embargo, frente a la revolución, el marxismo mismo había propuesto una alternativa: un gradualismo en el cambio social. Es el proyecto de la socialdemocracia alemana (con el propio Engels, primero, y con Krautsky y Berstein, después). La socialdemocracia no obedece a un proyecto revolucionario sino gradualista. Ni todo es desdeñable en la sociedad burguesa, ni todo es tampoco ideal. El gradualismo se opone a la utopía. Admite incluso la necesidad de “ensuciarse las manos” si queremos la pureza, como decía un personaje de Sartre.

Veamos ahora la posición de Sánchez Vázquez sobre la revolución. Sánchez Vázquez sostiene, sin duda, el valor de la resistencia contra un poder opresivo, pero también de la revolución como acto de liberación radical. En ese punto su pensamiento es un ejemplo claro y lúcido de la necesidad de sostener el valor de la justicia y la libertad frente a todo poder. Pero Sánchez Vázquez no sostiene una posición crítica frente al proceso revolucionario. Al contrario, lejos de renunciar a la concepción de la revolución del leninismo o del maoísmo, la sostiene con valentía. En base a su propia concepción marxista, reconoce la necesidad de la revolución. Pero si en ese punto podría disentir de él, en otro punto debo darle la razón. Sánchez Vázquez admite que, frente a la ruptura revolucionaria, puede aceptarse cierto gradualismo. El cambio revolucionario no tiene que ser tajante, puede ser gradual. Por ejemplo, nos dice: “el socialismo cobra cada vez más un carácter social” dependiendo del grado de desarrollo de la sociedad; el socialismo llega a ser entonces una anticipación de la sociedad por venir, ya no es una utopía, tiene un lugar en el tiempo, en la “topía”. El socialismo es un fin, y es la “conciencia de su valor, de su superioridad, la que lo hace deseable”. Puede actuar entonces, diría yo, como una idea regulativa de la acción social.

Pero para esto —esto es esencial, me parece— debe oponerse (Marx mismo pensaba) a una organización centralizada y autoritaria, como proponían Lenin y Trotsky. Sánchez Vázquez pone aquí el énfasis en un punto fundamental que acercaría su pensamiento a la social democracia, pese a su discrepancia con ella. Y el texto de Sánchez Vázquez termina con estas sabias palabras: “Lo utópico apunta a un posible, irrealizable hoy y tal vez realizable mañana, pero a condición de que lo posible tenga cierto arraigo en lo real”.<sup>4</sup>

Lleguemos por fin a algunas conclusiones. Primera condición para la realización del valor es la resistencia a la opresión en sus variadas formas. Pero a ese primer paso podría seguir un segundo: a la resistencia contra el opresor, la voluntad y la práctica de oprimir a nuestra vez al antiguo opresor. De ese segundo paso son testigo las revoluciones. Es el paso del terror, que impide una liberación efectiva.

<sup>4</sup> A. Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 77.

En la historia contemporánea ha habido un ejemplo paradigmático de cómo el rechazo a la opresión puede conducir a la liberación al no aceptar la violencia del antiguo opresor. El movimiento encabezado por Nelson Mandela en Sudáfrica logró la liberación de su pueblo, sin dejar de tender la mano a su antiguo agresor. Sólo así logró la liberación.

Otro ejemplo podría ser la liberación de la India por la acción de Gandhi. En uno y otro caso se logró la liberación por un movimiento de resistencia que, en último término, llegó a lograr la reconciliación con el opresor. En ambos casos, se logró por fin la liberación, sin ejercer nueva violencia contra el antiguo opresor. Así, la revolución no es la única alternativa en la resistencia a la opresión.

Para referirnos en concreto a la situación de México, podemos pensar que el movimiento de resistencia de los pueblos indígenas contra la opresión, iniciando por el zapatismo, no intenta desembocar al través de la resistencia a una revolución, sino a una forma nueva de democracia comunitaria. Entonces se lograría una alternativa real a la revolución, mediante la resistencia de los pueblos que han sido sometidos a la injusticia.

Sánchez Vázquez nos da un testimonio en su vida y obra, de cómo se puede luchar en toda situación en un camino de liberación de la injusticia hacia el reconocimiento recíproco.